

ESE VELÁZQUEZ DIFÍCIL

Es empeño trabajoso escribir unos renglones sobre Velázquez. Sobre Velázquez a secas, sobre ese Velázquez difícil. Sí, es difícil hablar sobre Velázquez, porque no tiene ni brisas modernas, ni corrientes antiguas. Para él no existen obras que

amplias salas y los anchos pasillos de palacio, rebozadas de melenas y bigotes borgoñones, como igualmente todas las azuladas lejanías del Pardo y de Guadarrama. Es, además, el pintor que alimenta las pausadas miradas, sin las resueltas

nada les importa, ni el pasado, ni el presente. Solos les acaricia la sonrisa que sale de dentro a fuera y del calor al frío. Mejor dicho, como los pintó Velázquez: con esos colores que mezclados en su paleta logra hacer esa pasta de pan y vino que es de la substancia de que se valió para pintar esas borrascosas cabezas de nuestra meseta. Maravillosa plebe de borrachos, tontos y mendigos que es la blanca página de la gran pintura española que no anda ni para atrás ni para delante. Y ahí está, fija, clavada sobre la Historia.

Donde Velázquez no logró su estabilidad fué en el célebre cuadro de las Lanzas o rendición de Breda, cuadro que se va un poco de la escuela española. Quizá sea el color el motivo o la planteación del tema. Nada más mirarlo se ve que es obra de encargo. Obra obligada. Donde el pintor llegó a cansarse. Nos lo demuestra bien a las claras ese detalle del caballo.

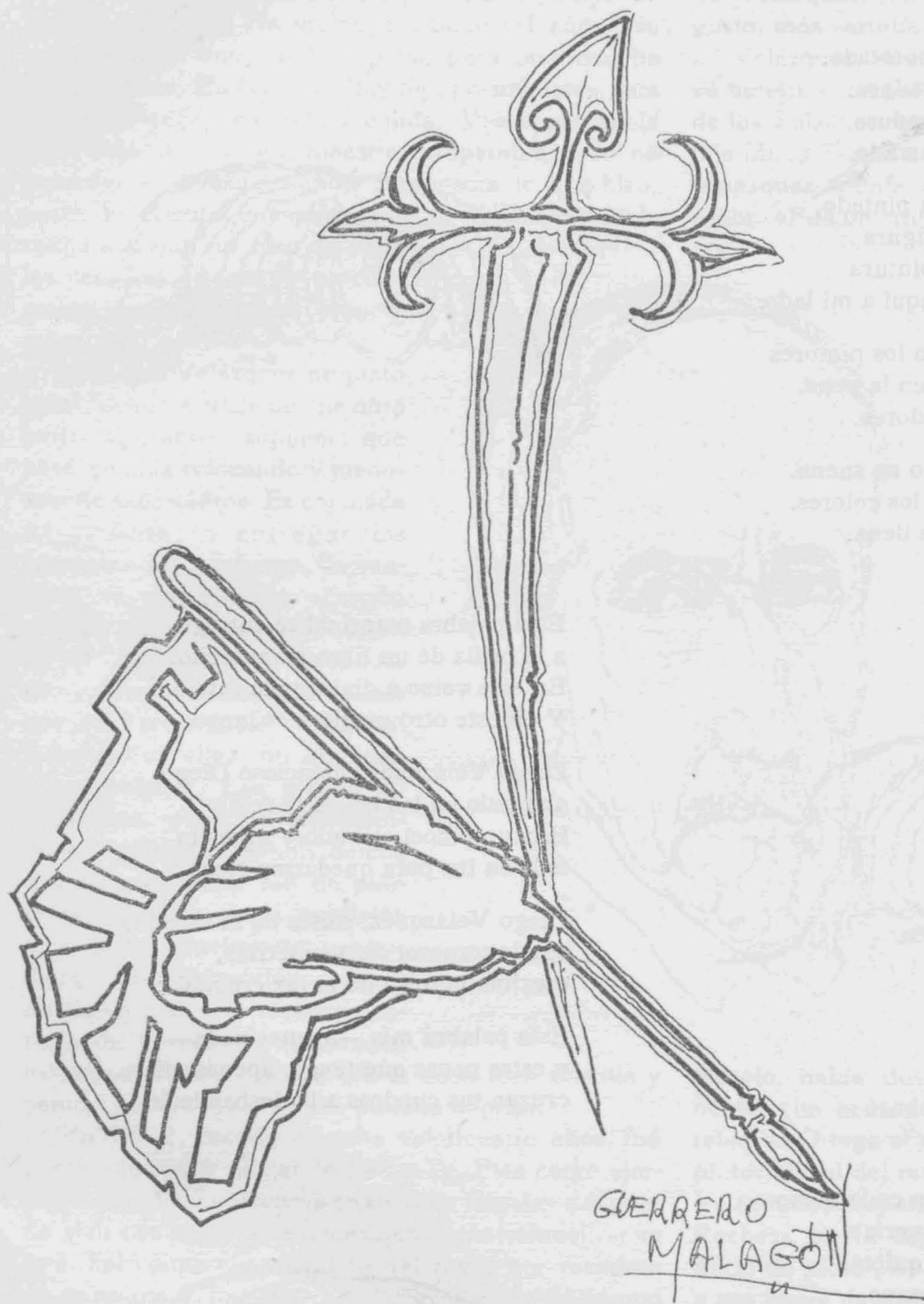
Del gran caballo. Claro que Velázquez fué un gran pintor de caballos, y de caballos colosales. Así como Pedro Pablo Rubens pintó a las mujeres, así pintó Don Diego a los caballos. Con esa opulencia y tranquilidad de la época. Con esa majestad de grandeza, de cuanto más, mejor. He aquí la tónica de Velázquez.

Hay un dicho entre pintores que dice: «donde no veas color, mete negro». El pintor de las meninas debió pensar: «donde no veas nada, mete un caballo». Y ahí está en primer término del cuadro el gran caballo. Además, un caballo de tamaño natural, y de espaldas al que le mira: ¡qué buena solución, Don Diego! Está bien. Así se ahorra usted todo el trabajo que supone el pintar toda esa masa de caballeros que ostentan los vistosos trajes militares. ¿Que descomponen la composición? Qué le vamos hacer. En alguna cosa no tenía que acertar el maestro. Si tuviéramos que hacer un estudio de Velázquez por medio de líneas, haríamos una sola línea vertical, sin inclinarse a un lado ni a otro; y ésta sin límites, porque no los tiene. Es verdad que Velázquez es el maestro de la pintura española, pero el maestro donde se llega. Y donde uno se queda. Ni más, ni menos. El es el remanso, como ya hemos dicho, de las aguas tranquilas. Aunque él se alimentara, pese a los consejos de su suegro Pacheco, de esas otras aguas que en un cauce turbulento de ropajes retorcidos, dejara correr el Greco. Nos lo demuestra infinidad de veces que se acercó a él. Y tanto, que se puede decir que

algunas cosas no hizo más que interpretarlas. Si esto no hubiera sido así, el estanque de sus obras se hubiese secado. Luego esta savia del lumen de Velázquez, se la debemos al maestro de todos los tiempos, al Greco. Sin éste, no hubiera llegado a sentarse en su alto pedestal.

Guerrero Malagón

Toledo, 15 de Junio de 1960.



se eleven, ni cielos que se abran en grandes girones místicos. Su materia es fuerte y pesada. Todo en él es pura semilla de la tierra. Desde sus reinas y reyes, hasta los más vulgares tipos de la Corte. Todo en él pertenece a ese lago de aguas tranquilas y claras. A ese estar quieto, en el mismo sitio, sin moverse. Con la sinceridad de ese reloj de esfera grande y colosal que, al descomponerse el engranaje de su existencia, dejó intactas las manillas de sus pinceles. Para él no existió más horas ni más tiempo que el suyo, con el que había medido todas las atmósferas de su alrededor, a fuerza de pinceladas planas. Y ahí están las

profundidades de hablar a los sentidos. Es la resaca puramente seca; la seca plana sin exaltaciones posibles. La cima que se airea y quiere alcanzar las alturas y se queda allí en su sitio con la amplitud de su destino. Es el Esopo, el Menipo, es el bufón del Rey Felipe IV, llamado Pablillos de Valladolid. O ese otro tríptico que forman entre el enano «el Primo», el niño de Vellecas y el Bobo de Coria: las tres joyas velazqueñas de los negros más profundos de la pintura universal. Es el grupo de los borrachos reflejando la risa sobre el tazón de vino que sostiene el del sombrero del centro. Ahí están sentados o de rodillas, es igual a ellos,